

aunque sé que está ya estatuido y que es infalible.

La brevedad de la vida, Señor, os doy en disculpa de pedir tan apretadamente que tengais lástima de mí, porque su incertidumbre me atormenta; y estas hojas débiles, que el viento arrebata, no son defensa para resistir los golpes de vuestra ira. Vos solo, Señor, sabeis los tiempos, los fines, las mudanzas y los progresos de las cosas: Vos, los discursos de las edades, la inestabilidad de los años y la ligera velocidad de los dias; yo sé lo que es el hombre, por los ejemplos, por los muertos, por los vivos, por los pasa-

dos, por los presentes, por los reyes, por los humildes, por la debilidad de la naturaleza, ya caduca con el número de los siglos que ha corrido, y mucho mas con la miseria viciosa de nuestras flaquezas: el hombre es ejemplo de imbecilidad, despojo del tiempo, juego de la fortuna, imagen de la inconstancia, balanza de la envidia y de la calamidad, y el resto enfermedad y miseria. Todos los animales, fuera del hombre, conocen las cosas necesarias á su salud. ¿Pues qué, si se considera como nace, depuestos los honores, el patrimonio y las demás mentiras de que le viste la comun opinion de los mor-

tales, qué pensaría de sí, si no se mirase interiormente entonces? Finalmente, no habría fiera tan brava, si se dejase al gobierno de sí mismo (1).

(1) San Agustín, en la obra que inspiró la suya a Lope de Vega, consagra un magnífico capítulo titulado *De la mortalidad de la naturaleza humana*, á este inagotable asunto. Lope no acertó á elevarse á la altura de su modelo.

Bastan á probarlo algunas frases del santo obispo de Hipona.

«Hé aquí, Señor—dice—faltando la luz, sucede la muerte: aunque la muerte se puede decir que no tiene ser, porque es nada; porque mediante ella somos convertidos en nada... Y ciertamente con justicia, porque recibimos lo que nuestros hechos merecen, pues que venimos á no ser, así como el agua que corre... O triste de mí tantas veces embovescido, porque tú eres verdad é yo sin tí. O desventurado de mí tantas veces descaminado, porque tú eres camino é yo sin tí... O luz, sin

¡Oh, pues, Señor clementísimo, tened piedad de este hombre, y pues es tan difícil hallar un hombre puro; Vos, hombre purísimo, Santísimo y candidísimo, doleos del hombre y mirad que yo soy un rudo jumentillo, y Vos, Divino Jesúsimio, el poseedor y dueño: Vos, pues, que hicisteis unos como azotes, y no del todo azotes, para echar del templo á los que le

la cual todo es vanidad: O vida sin la cual todo es muerte. Dí, pues, ó verbo divino, hágase la luz, para que vista la refulgencia de tu claridad, se aparten las tinieblas, y para que visto el camino, me aparte del error, y para que vista la verdad, me aparte de la vanidad, y para que vista la vida, me aparte de la muerte.

(SAN AGUSTÍN.—*Soliloquios del ánimo á Dios*.—Capítulo IV.—Amberes 1598.)

profanaban, en que se conoce que siempre castigais con misericordia, no hagais para tan miserable bestia nuevo género de castigo, puesto que conozco que le merezco (1).

Mirad, Señor, que sé vuestra piedad, como Vos sabeis la flaqueza que hay en mí, y no por confianza, Señor, que en ella tuve para ofenderos, sino por la jus-

(1) Sin duda Lope, al imitar en este punto a San Agustín, estaba dormido como el buen Homero, pues un poeta de su alto vuelo y fantasía no pudo esta vez escribir de otro modo tan triviales cosas sobre la mortalidad humana. Lo acreditan las décimas que en otro lugar he-

ta esperanza que tengo en vuestra sangre; precio infinito que no seria justo perderse en mí, pues esto ni Vos lo queis, ni á ella misma puede dejar de ser de mucho dolor; que si Vos, Rey y Señor

mos citado, del libro *Diferencia entre lo temporal y lo eterno*, donde se hallan pensamientos tan elevados como estos:

¡Oh tú, que estás sepultado
En el sueño del olvido,
Si para tu bien dormido,
Para tu mal desvelado!
Deja el letargo pesado,
Despierta un poco y advierte
Que no es bien que de esa suerte
Duerma y haga lo que hace,
Quien está desde que nace
En los brazos de la muerte.

mio, vais por las ardientes siestas del verano y por los rigurosos frios del invierno, buscando una ovejuela fugitiva de vuestro divino rebaño, tambien la sangre vuestra sale de esas venas durísimas por un perdido como yo, á ver si puede ganarle.

Desde el nacer al morir,
Casi se puede dudar,
Si el partir es el parar,
O el parar es el partir.
Tu carrera has de seguir,
Y pues con tal brevedad
Pasa la mas larga edad,
¿Cómo duermes y no ves
Que lo que acá un soplo es,
Es allá una eternidad?

¡Oh, pues, sangre santísima! Valedme, amparadme, remediadme, y ofrecida al Padre Eterno de este piadoso Señor, representad sus dolores y templareis su ira.

En tanto, pues, ¡oh amado Jesús, bien de mi alma, luz de mis ojos, amoroso fuego de mi corazón! que me parece que estais enojado, aunque Vos nunca despreciáis á quien os llama, os quiero hacer un presente de mis lágrimas; mas no puedo sin Vos, que aun estas es forzoso que Vos me deis. Ea, pues, descanso de mis penas, sosiego de mi fatigado espíritu, representad á mi memoria las vuestras en

algun doloroso paso de vuestra vida, con tan vivo sentimiento, que me deshaga en llanto: ó sino, dulcísimo centro de mi imaginacion, caiga en la mia la horrible imágen de mis pecados, el camino de mi última perdicion, vuestro divino sufrimiento, al fin como de Dios, para que de dolor ó de amor, de lástima ó de pesar, pueda mi alma destilarse en una profunda vena, haciéndoos este presente en el plato de mis ojos, para que pues ellos le hicieron á sus torpezas, limpios, lavados y bañados en este sentimiento, le hagan de un mar copioso; ya no sentado á las orillas de los rios de Babilonia, sino á las

corrientes de esos piés divinos, fuentes, cuyas llaves son clavos de quien penden tantas misericordias, y donde cuelgan tantos, que han escapado libres, la tabla de su naufragio en el templo de vuestra misericordia.